

## Perspectiva madrileña del maestro, 1930-1936

Prof. FCO. GARCÍA-VALDECASAS SANTAMARÍA  
(ACADÉMICO NUMERARIO)

La imagen de D. JESÚS, como le llamaban los madrileños, se me aparece en el lejano recuerdo como la de un bíblico patriarca, con su larga barba, su gesto cordial y su afabilidad constante. Yo era muy joven entonces. Había muy buenas relaciones entre las escuelas fisiológicas catalana y madrileña. Con frecuencia D. JESÚS, SANTIAGO y aún D. AUGUSTO nos visitaban y también sabíamos que D. JUAN o SEVERO o JOSÉ M.<sup>a</sup> habían ido a Barcelona. Siempre era por motivos científicos. Sabíamos también que JAUME estaba ya largo tiempo en EE.UU. y que había sido invitado como Profesor en la Universidad de Santiago de Chile. Las relaciones entre ambas escuelas eran muy estrechas. Los intercambios científicos, por ello, numerosos. En Madrid se publicaba una Revista Española de Biología y en Barcelona la correspondiente de la Societat Catalana, que en los tiempos a que me refiero (hacia 1930) ya que tenía solera y prestigio.

Eran años de ilusiones y esperanzas. Había entre la juventud decidido empeño en alcanzar las más altas cotas en la investigación científica. Estimulados, por la aureola que rodeaba a los dos líderes de ambas escuelas. A D. AUGUSTO, que en aquellos tiempos era ya un prestigio internacional y a D. JUAN, por su educación científica en las Universidades alemanas, teníamos ante nosotros, además, la imagen deslumbrante de CAJAL (que por cierto hizo la mayor parte de su trabajo en esta casa en que hoy nos reunimos) y sentíamos los aires frescos de Europa que se filtraban a través de los "pensionados" por la Junta para Ampliación de Estudios. La Investigación Científica se nos aparecía como una obligación que habíamos de cumplir, como un deber que nos imponía el hecho de ser hombres, de ser europeos, de ser españoles...

La Medicina cambiaba rápidamente. Y digo Medicina conscientemente, porque si bien los conocimientos diagnósticos y la definición de las enfermedades eran progresos ya conseguidos en el siglo XIX, no podemos olvidar que la Medicina es el arte de curar y el diagnóstico es tan sólo una premisa necesaria, pero no un fin de la Medicina. Y precisamente en aquellos años se gestaba la idea de que para curar era necesario conocer primero el funcionamiento orgánico ("como lo conocen de su oficio los excelentes relojeros", en frase del gerundense GASPAR CASAL) y por ello la vieja asignatura de la carrera "Terapéutica" debiera cambiar radicalmente su orientación y basarse en los estudios fisiológicos. BELLIDO tiene la gloria y haber sido el primer Catedrático de Terapéutica en España, con formación fisiológica fundamental. Poco después, las nuevas ideas que dominaban el ambiente en las Escuelas de Fisiología de Madrid y Barcelona, se impu-

sieron definitivamente y la Cátedra pasó a denominarse Farmacología, en correspondencia con la denominación internacional introducida por SCHMIEDBERG, el gran profesor de Estrasburgo. Hay que reconocer en estos cambios el gran papel realizado por T. HERNANDO, que, si bien fundamentalmente clínico, se adscribió decididamente a las nuevas ideas (no en balde era discípulo directo de SCHMIEDBERG) contribuyendo con su prestigio médico y su autoridad de Catedrático de Terapéutica a la fácil rodadura.

Lo que en otros ambientes médicos pareció extraño y aun criticable, en los que formábamos aquel grupo reducido pero progresista, el cambio de denominación y aun el acceso a la Cátedra del Prof. BELLIDO, nos pareció un triunfo de las nuevas ideas. El tiempo ha dado la razón a los líderes de aquel tiempo que se adelantaron a su época y precisamente en uno de los países de Europa en que menos se cultivaba la fisiología. Hoy las bases comunes de la Fisiología y de la Farmacología no se discuten ni aun en los países que más se aferraron a los viejos conceptos.

El papel de D. Jesús en esta coyuntura, y el mérito, es discutible. Bien es verdad que su naturaleza, modesta de por sí, oscurecida por la deslumbrante personalidad de D. AUGUSTO, de la que D. Jesús jamás se sintió celoso (y ello habla de su grandeza). Pero D. AUGUSTO tampoco prescindía nunca de D. Jesús ni de sus consejos y de su manera de pensar. Por eso al evocar la figura de D. JESÚS MARIA BELLIDO y su papel en la Ciencia Médica, debemos concederle lo que justamente le pertenece: haber sido el primer catedrático "fisiólogo" de Terapéutica de España y haber dado a esta disciplina un nuevo aire moderno, cambiando la enseñanza en giro copernicano, desde el concepto de los humores al que todavía se aferraban los médicos, a las ideas fisiológicas y bioquímicas que la nueva época exigía.

Ésta es la perspectiva con que veíamos a D. Jesús desde Madrid. Ésta y su fama de hombre justo, honesto, sincero y religioso. Justicia, honestidad y religiosidad le llevaron al exilio y al que les habla, a haber tenido el honor de sucederle. Dentro de su tragedia y su desgracia yo supe que para él fuera un consuelo saber que le sucedía un miembro de la escuela madrileña que él conocía bien, por haberle juzgado como tribunal de oposiciones. Su voto positivo en las oposiciones del año 36 fue para mí un gran consuelo en aquellos momentos de frustración, y posteriormente lo he considerado un timbre de gloria.

Como testimonio de mi admiración y de su bondad me legó un objeto personal que yo he guardado y usado con sentido cariño: su toga de Catedrático. Su electrocardiógrafo de cuerda, con el que tantos trabajos científicos realizó, quedó en el Laboratorio y recientemente ha pasado al Museo de Historia de la Medicina fundado por el Prof. CID. La figura del Dr. BELLIDO se agrandará en su perspectiva histórica con el paso del tiempo, siempre unida a la de su maestro amigo e inseparable colaborador D. AUGUSTO.